

Régulo Rincón

Victoria MARTÍNEZ CARVAJAL*

Uno de los sentimientos más naturales, aún en el entendido de que todo en el hombre es cultural, es la amistad. Y es por ello que escribir sobre lo que hace un amigo es tarea eminentemente ciclópea, amenazadora y peligrosa.

Ciclópea, ya que es monumental compromiso ser objetivo, porque si hay algo definitorio en la amistad es la subjetivación más profunda e inalienable. Amenazadora, porque lo conoces y, en mi caso, puedo verlo detallando cada palabra, cada coma, leyendo desaforado entre líneas para auscultar, porque eso hará, si comprendiste su obra. Peligrosa, porque el amor en una de sus dimensiones más puras estará presente en cada una de las frases que construya al acercarme a sus cuadros, y ya se sabe lo peligroso, relativo e irreal que suele ser el amor.

Escribir sobre la obra escultórica de Régulo Rincón es escribir sobre un amigo, mi amigo; y, en esta oportunidad, el mí es un adjetivo que puedo usar sin temor a equivocarme o desilusionarme en un ejercicio casi rocambolesco, en el que las distancias, los alejamientos y las cercanías han sido la manera más sublime de acercarme, a su incansable búsqueda de la perfección y la explosión más irredenta de vivir que he conocido.

Ese hombre ciudadano, urbano, rodeado de las mieles de la intelectualidad. Un día lo vi inmerso en los pueblos del Sur del Lago, con la misma intensidad con la que habla para defender sus posturas, sudando, riendo y viviendo el culto a San Benito en una transformación en la que su piel de mantuano desaparecía para convertirse en la de un esclavo que bailando su Santo grita las injusticias y plena espacios enteros con el sonido cíclico y acompasado de un tambor

*Secretaría rectoral de la Universidad Nacional Experimental "Rafael María Baralt"

En definitiva, Regulo ha y se ha construido, a partir de la pasión con la que vive, pero en su obra esa pasión parece filtrada por la minuciosidad, la meticulosidad, en la que, los elementos cotidianos e ignorados por todos se transforman en objetos estéticos que nos remiten a un universo de incredulidad: Figuras de San Benito en concupiscente orden enmarcando un una imagen tecnológica, otra asomado en nichos sorprendentes, más allá el Santo adornado por las lentejuelas, más acá dentro de una esfera, otras acompañado por piezas de rompecabezas y en serios tableros de ajedrez.

La conjugación de estos elementos es entonces lo que recrea una obra singular, que convierte la imagen mágico-religiosa de San Benito en motivo central de una obra desmesurada, colectiva, en a que la identidad de los pueblos se asoma a partir de las múltiples versiones que construye mi amigo el artista.

Y ese gusto por lo religioso desborda lo meramente místico, para adentrarse en la ensoñación más plena; su Milagrosa parece esconderse en un majestuoso y barroco dorado, su cristo flota en espacio de figuras singularmente delineadas por un pincel de arquitecto-artista que crea una figura que parece nadar, desplazarse en un universo onírico,

No sé si Regulito –como le decimos algunos de los muchos que lo amamos– ganará un premio de renombre mundial, pero de algo estoy segura más allá de lo que he escrito: Regulo Rincón ha logrado darle a la figura de San Benito una presencia que será determinante a la hora de escribir la historia del arte en la Venezuela de estos tiempos. Ese su santo. Ya no es solo la deidad nuestra que se festeja los diciembres. Es el símbolo pictórico de muchos de los artistas actuales, quienes lo han pintado, adornado, recreado, bajo el universo mágico de un arte que conjuga humanidad, divinidad, cotidianidad, identidad, y se convierte en sublime bajo la mirada asombrada de quienes contemplan su obra.



Título: María llena eres de gracia Medidas: 50 cm;
Técnica: Escultura; año: 2013.



Título: San Cneito; Medidas: 200x200 cm;
Técnica: Ensamble; año: s/f.



Título: Homenaje a Boris Ramírez; Medidas: 50x50x105 cm;
Técnica: Ensamblaje; año: 1995.